



Tiene la Guardia Mora de nuestro Caudillo un encanto decorativo y guerrero. Con sus caballos de cascos azules y musicales; sus enseñas colorinescas y sus jinetes de capas blancas y turbantes que enmarcan rostros tostados por cien soles... Cuando se abren delantero paso en las ciudades, a la llegada de Franco, caracoleantes y firmes sobre sus sillas, un temblor emocional corre por el público que atesta aceras y ventanas. Caen las flores sobre el trote gallardo de sus caballos y un «alalá» de triunfo hace galopar el corazón mejor templado. Pasa sobre las cabezas de la gente un aire colonial y anda en las cosas una dulzura metropolitana. El auto del Caudillo no se hace esperar.

